

La gran bestia

Andreas D. Goldsmith



Capítulo 1

Sus manos la alzaron de la pileta de aguas turbias y densas, en perfecto silencio. El oculto rostro denotaba exagerada ostentación. Con la diestra sujetaba su cabecita de largos cabellos entreverados, y con la zurda cargaba las corvas de la pequeña niña. Se la entregó con delicadeza a una señora espigada que la agarró del talón izquierdo sin cuidado. La niña casi se golpeó con las baldosas de mármol; a continuación la señora la arrastró por largos corredores de alfombras rojas.

La niña lloraba en la desesperación. En medio del tironeo notó a los costados del corredor altas paredes de color beige, pequeños cuadros rotos, vasijas antiguas, y cortinas desechas, con marcas de rasguños humanos, que apenas se sostenían de las bases. La oscura noche iluminaba el salón angosto en explosiones de luces blancas, los fuertes vientos golpeaban con furia los anchos ventanales que se sacudían con agitación.

Al llegar a la esquina la señora dobló a la derecha. La niña gritó con todos sus pulmones pero nadie reaccionaba, la sangre que la cubría ensuciaba el suelo sin control. Ahora hombres y mujeres vestidos en túnicas rojas con máscaras blancas la observaban con atención a través de las hendijas. Hileras de ellos. Sus ojos la seguían con una mirada inquisitiva.

La dejaron con suavidad en el pedestal. La Gran Bestia se acercó, la olfateó, y la devoró, con saña, en honor a la divinidad.